cho en la plaza, y el pueblo hostigado por el hambre se amotinaba, pidiendo la rendición. El Gral. Diaz comprendió que había cumplido suficientemente con su deber de patriota y de soldado, y el 27 de Febrero (no el 20 Enero como dice Gaulot) se presentó solo en el cuartel general francés y rindió á Bazaine la plaza á discreción.

Cara costó aquella campaña á los franceses y sobre todo á Maximiliano: si aquellos recogieron pocos laureles, en cambio cargaron á la cuenta del imperio mexicano la enorme suma de 1.866,000 francos que del 1º de Julio de 1864 al 1º de Mayo de 1865 se gastaron solo en transportes para la expedición sobre Oaxaca.

Por la narración que acabamos de hacer, enteramente precisa porque la informan datos ministrados por persona de altísima honorabilidad, se habrá visto que no han sido exactos los historiadores franceses y que disfrazan los hechos, empeñados tan solo en hacer gloria que cubra el fiasco de la empresa de Napoleón.

VIII.

Al terminar el año de 1866 y durante los dos primeros meses de 1867 el imperio crujía sobre sus mal construidos cimientos, próximo á derrumbarse.

Tres grandes ejércitos republicanos avanzaban de los extremos del país al centro, quitando casi sin

resistencia á los imperialistas las poblaciones á su guarda confiadas por los franceses al retirarse: el ejército de Oriente, que llevado por el Gral. Diaz de victoria en victoria, se había adueñado de Oaxaca y rebasaba sobre Puebla; el ejército de Occidente, posesionado ya de Sinaloa hasta Jalisco; y el ejército del Norte, formado con las divisiones de Escobedo, Rocha, Hinojosa, Cortina y Canales, conquistó los Estados fronterizos para Juarez, y abría á éste el camino de San Luis, donde iba á establecerse la capital.

Maximiliano, ciego, himnotizado por los clericales, había desistido de la idea de abdicar, en su orgullo dinástico resistiendo subordinarse á la política francesa.

No era ya el emperador ilustrado que intentó plantear un gobierno progresista sobre las libertades que gozan los pueblos cultos, sino el jefe de las bandas de ladrones y asesinos que capitaneaban Miramón, Mendez, Mejía y Marquez.

Y en tanto que Maximiliano, arrastrado á la capital por los clericales, se aprestaba á abrir la campaña del interior, el ejército francés se retiraba en grandes masas rumbo á Veracruz, sin que molestara su marcha siquiera una guerrilla republicana.

Nuestros Jefes, todos y sin comunicárselo entre sí, habian tenido una inspiración hábil y patriótica, no atacar al ejército expedicionario para no detenerlo más tiempo en el país, retardando así la evacuación: con esa táctica prestaron un gran servicio á la causa nacional.

Podemos, para comprobar este dicho, presentar aquí dos documentos oficiales: son los siguientes:

"Ejército republicano del Centro

"El Salitre (Tenancingo) 30 de Diciembre de 1866.

"Mariscal:

"Al momento de marchar con mis fuerzas so-"bre la ciudad de Toluca, con la convicción de que "la plaza no podría resistirme, y deseando evitar á "la ciudad las tristes consecuencias de un asalto, "envié al coronel Jesús Lalanne como parlamenta-"rio, para que procurara una entrevista con los *je-"fes mexicanos* de la plaza, proponiéndoles condicio-"nes honrosas.

"Mi enviado ha sido hecho prisionero en el ca-"mino y llevado á México. Esta es una violación de "los usos de la guerra, que no tiene, sin duda, más "causa que el exceso de celo de los que lo come-"tieron.

"Como siempre he conocido vuestros sentimien-"tos de caballerosidad, cuento con ellos para repa-"rar el mal.

Vicente Riva Palacio."

Esta carta, que además de incorrecta era demasiado pretenciosa, recibió la dura y enérgica contestación que va á leerse en seguida:

"México, 3 de Enero de 1867.

"Al Sr. general Riva Palacio.

"S. E. el Mariscal, general en jefe del ejército "expedicionario francés, me encarga tenga el honor "de contestar vuestra carta, fechada en Tenancingo "el 30 de Diciembre pasado.

"Las ocupaciones de S. E. no le permiten con-"testaros personalmente. Habreis visto ya que el "teniente coronel D. Jesús Lalanne ha sido puesto "en libertad por instancias del Mariscal, quien lo "envía á que se os presente.

"Permitidme agregar, Señor General, que sin "dificultad comprendereis que, en las circunstancias "actuales *no pueden ser indiferentes al jefe del ejérci-"to francés los movimientos que se ejecuten por el lado "de Toluca, á veinte leguas del valle de México.*

"No me toca aconsejaros tal ó cual manera de "obrar; pero *me importa mucho que ninguna mala in-"terpretación pueda haceros suponer que S. E. perma-"necerá impasible cuando vuestras tropas tomen la "ofensiva, y se aproximen á nuestras líneas más de lo "que conviene soportar al ejército francés.*

"Dignaos apreciar la situación bajo su verda-"dero punto de vista, y comprenderéis que *sereis "responsable de las medidas que crea deber tomar el "Mariscal para mantener, durante su permanencia en "México, á los cuerpos del ejército republicano á cier-"ta distancia de la capital y de los puntos estratégicos "que crea deber ocupar.*

El Coronel de Estado Mayor."

La advertencia no fué inutil, pues no se ocupó Toluca sino cuando el ejército francés había desocupado ya el valle de México.

Así se retiró tranquilo el ejército expedicionario por el Oriente, llegando su retaguardia á Puebla el 11 de Febrero de 1867, y marchando á Orizaba supo Bazaine el día 14 que Miramón, que había

abierto la campaña imperialista ocupando y saqueando á Zacatecas, sin lograr aprehender y fusilar á Juarez y á su gabinete, como se le había prevenido, quedó destrozado en San Jacinto.

Por fin, el 8 de Marzo se embarcó el Mariscal, y el suelo mexicano quedó libre de la intervención francesa. Las tropas de Napoleón entonces ignoraban que la diplomacia americana las echaba de un país que ocuparon, pero que no dominaron, teniendo que batirse día á día con los republicanos.

Sólo en los Estados fronterizos la desocupación no fué tan tranquila. En Sinaloa los franceses, batidos por Corona, y obligados á encerrarse en Mazatlán, no pudieron embarcarse sino cuando se lo permitió el general mexicano.

En Febrero de 1867 la República había reconquistado todo el territorio, sin encontrar resistencia alguna: los imperialistas que guarnecían las plazas y ciudades que fortificadas les confiaron los franceses, las entregaron sin combatir, huyendo ante los soldados de la Nación.

Solo quedaban á Maximiliano Puebla, Querétaro y la capital, más los pequeños pueblos que servían de postas en los caminos concéntricos para aquellas poblaciones, y que pronto fueron ocupados por las guerrillas.

La ola de la insurrección envolvía por todas partes al imperio y amenazaba tragarlo muy pronto. Por el Norte y Occidente avanzaban grandes

cuerpos de ejército al mando de Escobedo y Corona: al Oriente el Gral. Diaz, derrotando austriacos y traidores, dominaba desde Oaxaca hasta los linderos de Puebla, y otras fuerzas dependientes de él ocupaban todo el Estado de Veracruz, estando próximas á apoderarse del puerto.

El Estado de México y aun sus distritos lejanos habían recobrado su independencia y las fuerzas del Sur se desbordaban hasta Cuernavaca.

Demencia fué, pues, de Maximiliano creer que podía triunfar y establecer sólidamente su imperio cuando su tesoro estaba en bancarrota, y salieron mentidas las ofertas de once millones que su Ministerio clerical prometió en Orizaba, y los quince millones que dijo el padre Fischer donaría el clero.

Más ilusorio era todavía el ejército de Marquez y Miramón, compuesto con los restos de las hordas de Zuloaga y del asesino de Ocampo, vestidos de harapos militares y mandado por oficiales que Maximiliano mismo había degradado, cuando intentó organizar su ejército.

Con esas bandas salió Maximiliano de México el 13 de Febrero de 1867, con las fuerzas que reunió rápidamente Marquez y llevando á éste como Mayor general á su lado.

Gran sorpresa debió sufrir el príncipe cuando á dos leguas de la capital, en la Lechería, una guerrilla republicana osó atacar á los cinco mil hombres que llevaba, mandados por D. Leonardo Marquez, repitiéndose en Calpulalpam igual ataque por una caballería de la Nación.

Por fin entró el 19 á Querétaro, donde logró reunir doce mil hombres, cuando llegó á la ciudad la división de Mendez, tan fogueada en Michoacán, y cuando se incorporaron á la división de Marquez las tropas de Castillo y Mejía, los restos de las de Miramón y las guarniciones de los pueblos vecinos.

Respetable era aquel cuerpo de ejército, y hubiera aplazado el triunfo de la República si lo hubiera mandado otro general mas hábil y menos acobardado que Marquez.

Pero éste, en vez de salir contra el ejército del Norte que era menor en número, se encerró en Querétaro, dejándose sitiar por Escobedo, Corona y las fuerzas que llegaron después al cerco de la ciudad.

Largo y sangriento fué aquel sitio, por las continuas salidas que hacían los imperialistas que, después de atacar audazmente las líneas republicanas por distintos puntos, tenían que volver á encerrarse en la ciudad.....pregonando, según el viejo sistema de los reaccionarios, siempre una victoria, no comprendida por la población de Querétaro al ver que el asedio continuaba más estrecho que nunca y que las tropas de Maximiliano, después de cada ataque, tornaban desmoralizadas y hechas pedazos.

Querétaro, en tanto, sufría tremendas vejaciones de los imperiales: saqueadas las familias, privadas de víveres, sufriendo la prisión y el plagio de sus jefes cuando no podían pagar los exagerados impuestos, la población entera deseaba cayera aquel emperador que, rompiendo su lema de *equidad en la*

justicia, se había tornado en un capitán de foragidos.

Y cuando el hambre era ya terrible hasta en las tropas, los jefes de Maximiliano, para conservar la moral de la población y de sus soldados, forjaban partes que suponían llegados de México, anunciando la llegada de Marquez con un brillante ejército en auxilio de la ciudad sitiada.

IX.

Nueve dias habían transcurrido apenas de aquel en que la ciudad sufrió la primer embestida de los republicanos, cuando los jefes imperialistas tuvieron la intuición de que serían vencidos, si no recibían de la capital algún poderoso auxilio.

Para organizarlo en México, y traerlo á Querétaro, salió de esta ciudad Marquez el 23 de Marzo á la una de la noche, llevando consigo casi toda la caballería, y tomando el rumbo del Sur que no habían ocupado aun los sitiadores.

Llegado á México, salió de esta capital con todas las tropas que la guarnecían, el 29 de Marzo; y con ocho mil hombres y numerosa artillería, se dirigió, no á Querétaro como era su deber, sino á Puebla sitiada por el Gral. Diaz.

Mas el Gral. Diaz, que sintió la llegada de Marquez, dió el brillante, el casi increible ataque del 2 de Abril, tomando á Puebla.

Después de esta espléndida victoria, marchó contra Marquez que, al saber la ocupación de Puebla, intentó retroceder, lleno de pánico. Pero el día